LA CRUZ QUE SALVA

DescripciÃ³n

Nos encontramos en el cuarto domingo de cuaresma, ya se va acercando cada vez mÃ¡s la celebraciÃ³n del Domingo de Ramos y la Semana Santa.

Estas semanas hemos estado preparando nuestro corazÃ³n para poder recibir a JesÃºs ese dÃa con un corazÃ³n limpio, un corazÃ³n bien dispuesto, un corazÃ³n encendido en el amor a Dios.

El Evangelio de hoy nos va preparando tambiÃ©n en esa direcciÃ³n y nos anima a mirar a JesÃºs, a mirarlo a Ã?l que es el que nos va a salvar, el que nos estÃ¡ preparando nuestra morada en el Cielo, el que estÃ¡ preparÃ¡ndonos nuestra felicidad.

Y Â¿a dÃ³nde miramos? Â¿A dÃ³nde nos dirige la mirada el Evangelio de hoy? Hacia la Cruz.

Dice JesÃºs:

â??De la misma manera que MoisÃ©s levantÃ³ en alto la serpiente en el desierto, tambiÃ©n es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto para que todos los que creen en Ã?l tengan vida eternaâ??

(Jn 3, 14-15).

No sÃ© si te acuerdas de la historia de MoisÃ©s y la serpiente en el desierto.

Retrocedemos muchos aÃ±os y nos vamos al periodo en que MoisÃ©s guiaba a los israelitas que habÃan salido de Egipto por el desierto para llegar a la tierra prometida.

Sabemos que esa relaciÃ³n del pueblo con el SeÃ±or tenÃa sus altos y sus bajos. HabÃa momentos en que el pueblo se cansaba de estar dando vueltas por el desierto, entonces alegaba contra el SeÃ±or.

HabÃa una vez, por ejemplo, que se quedaron sin agua y alegaron porque no tenÃan agua y el SeÃ±or, despuÃ©s de un tiempo, les da agua. O alegan porque no tienen comida y el SeÃ±or les da

el ManÃ¡.

En una de esas ocasiones el pueblo comienza a alegar contra Dios. En el libro de los NÃºmeros, se narran esos alegatos.

â??Dice el pueblo: â??Â¿Por quÃ© nos hicieron salir de Egipto para hacernos morir en el desierto? AquÃ no hay pan ni agua y estamos hartos de esa comida miserableâ??.

Entonces, Dios enviÃ³ al campamento donde estaba el pueblo serpientes para que mordieran a la gente y asÃ empezaron a morir muchos israelitas.â??

Los judÃos se arrepintieron y pidieron perdÃ³n.

â??Entonces Dios le dijo a MoisÃ©s que hiciera una serpiente de bronce y la pusiera en un lugar alto donde, para que cada vez que la gente era mordida por una serpiente, podÃa mirar esa serpiente de bronce y quedaba, instantÃ¡neamente, curadaâ??

(Num 21, 5-9).

La serpiente de bronce curaba la salud, curaba esa picadura de la serpiente.

PONER LA CRUZ EN ALTO

El SeÃ±or nos invita a mirarlo a Ã?l como ese que sana todas las enfermedades, no solo laspicaduras de las serpientes, no enfermedades del cuerpo, sino la enfermedad del alma mÃ¡s terrible,que es el pecado.

La serpiente, desde lo alto salva a los que la miran, pero lo Ãºnico que, de verdad salva, lo que de verdad redime al hombre, es la cruz de Cristo.

JesÃºs nos invita a cada uno de nosotros a poner la Cruz en lo alto, para que nosotros podamos salvarnos y para que mucha gente, todos los que estÃ¡n a nuestro alrededor, puedan mirar a la Cruz y asÃ sanar las heridas del corazÃ³n, sanar su alma, para que pueda entrar en la felicidad eterna en el Cielo.

Ahora viene la pregunta del millÃ³n: Â¿CÃ³mo poner la cruz de Cristo en lo alto? Â¿CÃ³mo ponemos a JesÃºs, su cruz, en la cima para que todos puedan mirar a JesÃºs y puedan ser curados? Â¿Para que todos puedan enamorarse locamente del SeÃ±or?

La respuesta parece sencilla, pero exige un compromiso importante por nuestra parte.

Â«NO TENGÃ?IS MIEDOÂ»

La forma de poner la cruz de Cristo en lo alto para que todos puedan mirarla es a travÃ©s de nuestro testimonio de cristianos coherentes o, mÃ¡s bien, que luchan por ser coherentes, que luchan por vivir su vida cristiana en todo ambiente, en toda circunstancia.

Eso no significa que tengamos que ser personas perfectas, claramente, sino personas que luchan por vivir su vida del mejor modo posible. No tengamos miedo a dar testimonio. El mundo necesita testigos, necesita personas que den testimonio.

San Alberto Hurtado, un santo chileno, decÃa que eso es lo que el mundo necesita: testigos, personas que vivan, que encarnen la fe, que muestren que es posible ser personas cristianas, ser personas buenas; que es posible llegar al Cielo.

San Juan Pablo II animaba a todos los cristianos a no tener miedo. *â??Â¡No tengÃ¡is miedo!â??* gritaba en esos discursos a los jÃ³venes, a los mayores y a las familias.

â??Â¡No tengÃ¡is miedo de dar testimonio!â??

Los cristianos que no tienen miedo son los que pueden ayudar a muchos a mirar hacia la Cruz, abrazarla y salvarse a travÃ©s de ella.

El mundo necesita cristianos que actÃºen sin miedo, no personas insensibles o temerarias que no le tienen miedo a nada porque son imprudentes, sino personas que de verdad se saben acompaÃ±adas siempre por el protector mÃ¡s grande, por el mejor amigo: el SeÃ±or.

CONSCIENTES DE LA COMPAÃ?Ã?A DE JESÃ?S

JesÃºs es nuestro compaÃ±ero, por eso podemos ir sin miedo a la vida, sin miedo a la muerte, porque JesÃºs nos acompaÃ±a. Ã?l es nuestro mejor amigo y quiere lograr lo mismo que nosotros.

Quiere que nosotros logremos poner su Cruz en la cima de todas de nuestras actividades para que mucha gente pueda, a travÃ©s de esa Cruz, sanar sus heridas, sus enfermedades.

No tenemos miedo porque Cristo nos ama hasta la muerte, hasta el extremo. Eso tambiÃ©n queda reflejado en el Evangelio de hoy. JesÃºs le dice a Nicodemo en esta escena que estamos contemplando que

â??Dios amÃ³ tanto al mundo que entregÃ³ a su Hijo Ãºnico para que todo el que cree en Ã?l no muera, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no enviÃ³ a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Ã?lâ??

(Jn 3, 16-17).

Â¡QuÃ© esperanzadoras estas palabras! Podemos todo, no tenemos miedo porque el SeÃ±or nos ama hasta el extremo de entregar su vida por nosotros. Dios entregÃ³ a su propio Hijo por amor al hombre.

â??SeÃ±or, en este rato de oraciÃ³n que estamos terminando, primero te queremos dar las gracias por haber hecho todo lo que hiciste por nosotros y por seguir haciendo tantas cosas por nosotros; por dejar disponible tu gracia, por ayudarnos siempre en todo momento.

Te pedimos ayuda para ser cada vez mÃ¡s conscientes de esa compaÃ±Ãa, para ser mÃ¡s conscientes de que TÃº moriste por nosotros. De que nos amas tanto y que nunca nos dejarÃ¡s solosâ??.

ME DA LO MISMO

HabÃa un sacerdote que una vez contaba de sÃ mismo, cuando Ã©l era adolescente, que una vez habÃa ido a confesarse y que el sacerdote que lo habÃa confesado le habÃa dicho que habÃa visto que no era tan consciente de la redenciÃ³n, del amor que Dios le tenÃa, que quizÃ¡ estaba un poco metido en la tibieza.

Entonces le dio como penitencia, al final de la confesiÃ³n, que fuera delante de un crucifijo y mirÃ¡ndolo fijamente dijera varias veces: *â??SeÃ±or, TÃº moriste por mÃ y a mÃ me da lo mismoâ??.*

Este sacerdote contaba que ese habÃa sido el comienzo de su vocaciÃ³n. Cuando empezÃ³, a la segunda, tercera o cuarta vez a decir esta oraciÃ³n, a conmoverse interiormente y a darse cuenta de todo el amor que le tenÃa el SeÃ±or.

â??SeÃ±or, TÃº moriste por mÃ y a mÃ me da lo mismoâ??.

â??Te pedimos SeÃ±or en este rato de oraciÃ³n que nos ayudes a ser cada vez mÃ¡s conscientes de ese amor que nos tienes para poder poner esa cruz, tu Cruz, en lo alto, para que muchas personas puedan mirarte y ser salvadas por Tiâ??.

Se lo pedimos tambiÃ©n a nuestra Madre santÃsima, Reina de los apÃ³stoles.